

Católicos en tiempos de epidemia: juicio católico sobre la misma

Desde tiempos inmemoriales la Iglesia ha guardado siempre la práctica de recurrir al Señor en tiempos de calamidad pública, especialmente en tiempos de epidemia. La nuestra de hoy, el *coronavirus* que tanto se difunde, no es la primera, ni será tampoco la última, en la historia de la humanidad. Pero las epidemias siempre tienen algo de inquietante, ya que, como los demonios, no se ve en ellas quién es el que ataca. Por eso mismo, la Iglesia se vuelve hacia Dios, especialmente mediante la *Misa votiva en tiempos de mortandad*, que se celebra para pedirle a Dios que nos preserve del mal.

1º Lo que la Iglesia pide a Dios.

¿Qué pide la Iglesia en estas oraciones? Pide a Dios, por supuesto, que repela estas enfermedades que nos atacan; que, si nos vemos afectados por ellas, logremos superarlas; y que, si ha llegado la hora de nuestra muerte, sepamos prepararnos. Pero la Iglesia no se limita a eso, sino que también:

- *Pide luz a Dios, a fin de que, con motivo de estos acontecimientos, que siempre son un poco extraordinarios y suelen ser causa de desorden social, el cristiano manifieste su fe y su virtud, las cuales se ven entonces sometidas a prueba por las reacciones de desconfianza en la Providencia, de egoísmo, de falta de caridad hacia los demás.*
- *También pide que Dios asista a aquellos cristianos que en esos momentos difíciles tienen que cumplir con su deber de estado cristianamente, como pueden ser los todos los que se encuentran a cargo de los enfermos –médicos, enfermeras–, porque la Iglesia ha tenido siempre como misión suya socorrer a los enfermos y a los que sufren.*
- *La Iglesia, finalmente, reza por las autoridades públicas, porque este tipo de calamidades reclama que seamos gobernados de manera recta y justa, con prudencia y sabiduría, aunque no se compartan todas las posturas de quienes nos gobiernan. Hay momentos en que hemos de pedirle a Dios, como bien lo dice San Pedro, que los ilumine para que podamos someternos a órdenes sabias.*

2º Sentido de estos acontecimientos.

La Iglesia también reza para que comprendamos el significado de estos acontecimientos. Nuestro primer reflejo ha de ser una reacción de mirada sobrenatural,

y eso es tal vez lo más inquietante en los días que vivimos: más allá de esta epidemia, más allá de lo que está sucediendo, lo que desconcierta es ver que en la Iglesia de Dios se cuele el miedo, la inquietud y la falta de fe. Estos no son momentos para vaciar las pilas de agua bendita, para cerrar las iglesias, para negar la comunión a los fieles y aun los sacramentos a los enfermos. Al contrario, es un tiempo para acercarse a Dios, para comprender el significado de estas calamidades.

Ya desde muy antiguo la Iglesia, con motivo de las plagas y epidemias, realizó procesiones públicas con manifestaciones de la fe, que le brindaron la ocasión de predicar la penitencia. ¡Penitencia, penitencia! En el hermoso pasaje del Antiguo Testamento que se lee en la epístola de esta Misa votiva en tiempos de mortandad, se nos cuenta el pecado de orgullo del rey David, que quería hacer el censo de su pueblo para tener la satisfacción de saber que gobernaba a un gran pueblo; y su consecuencia fue el castigo de Dios. Sí, porque Dios castiga como un padre castiga a sus hijos. El castigo de ese orgullo fue una epidemia terrible, pero tan pronto como Dios vio que los corazones se volvían hacia él, detuvo la venganza del ángel que aplicaba la enfermedad (II Rey. 24 10-25).

3º Tiempo de penitencia.

Es tiempo de penitencia, tiempo de volver a Dios. Quienesquiera que seamos, tanto justos como pecadores, todos tenemos que hacer penitencia. Dios no siempre castiga, esto es, no siempre provoca directamente las calamidades —eso sucede sólo en casos excepcionales—, pero se vale de las leyes de la naturaleza para hacerlo: terremotos, epidemias. Es una de las consecuencias de que, después del pecado original, el hombre ya no es dueño de todo, ya no logra dominarlo todo. Pero, desde la venida de Nuestro Señor Jesucristo, Dios ha dicho: «*De estas calamidades públicas Yo te protegeré si eres fiel a Mí*». El problema de hoy no está en que usemos medios humanos para tratar de repeler estas calamidades, lo cual es completamente normal y entra dentro del orden de las cosas; el problema es que le decimos a Dios: «*Déjanos en paz, que nosotros ya controlaremos esto*». Ahora bien, el único que tiene la situación «*bajo control*», como solemos decir, es Dios. ¿Qué hace Dios en tales casos? Dios dice: «*¿No quieres mi ayuda? Bueno, arréglatelas tú solo*». Y esa es la peor de las situaciones.

4º Volvémonos a Dios.

Volvémonos a Dios. Como decía antes, esta no es la primera epidemia que sufre el mundo, ni tal vez sea tampoco la más grave; piénsese en la gripe española de fines de la Primera Guerra Mundial, que causó más de cincuenta millones, no de enfermos, sino de muertos. La Iglesia estaba en primera línea, como puede verificarlo quien tenga un poco de curiosidad: en los archivos fotográficos de la época se pueden ver a todas esas religiosas que iban a cuidar a los enfermos y que ya llevaban la famosa mascarilla tan difundida hoy. Los cristianos estaban en primera línea para practicar la caridad, a veces arriesgando sus vidas, aprovechando la ocasión para manifestar su fe. Durante esta terrible epidemia de gri-

pe española la Iglesia siguió celebrando el culto, se administraban los sacramentos y los sacramentales, y se recurría a la intercesión de los Santos, gran tradición de la Iglesia.

Es lo mismo que ahora debemos hacer nosotros. No seamos –me refiero a nosotros los sacerdotes–, no seamos de esos malos pastores que cuando ven venir al lobo –o al virus– toman distancia y huyen; no, seamos buenos pastores.

5º Víctimas con Nuestro Señor Jesucristo.

Queridos hermanos, siempre nos cuestionamos, cuando suceden estas calamidades y desastres, por qué afectan también a los buenos, y no sólo a los pecadores. Recuerden que fue durante la gripe española de que les hablaba, cuando Jacinta y Francisco Marto, los dos pastorcitos de Fátima, murieron en condiciones bastante terribles, y ofrecieron sus vidas por la conversión de los pecadores. Es esta una ley que durará hasta el fin del mundo: Dios reclama víctimas, víctimas que expíen en unión con Aquél que es la víctima por excelencia, Nuestro Señor Jesucristo.

Un día, en el Evangelio, le dieron a Jesús la noticia de una masacre que había ocurrido en el templo de Jerusalén: unos galileos habían ido a rezar y ofrecer el sacrificio, mas Poncio Pilato los había hecho matar. Eso había llamado la atención de los apóstoles y de los discípulos: «¿Por qué se había matado a hombres santos que ofrecían el sacrificio? ¿Qué pecado habían hecho para que Dios los castigara de esta manera?» (Lc. 13 1-3). También se trajo el recuerdo de otra catástrofe sucedida en Jerusalén: una torre, la torre de Siloé, se había derrumbado, causando dieciocho muertos, y los apóstoles se habían preguntado qué habían hecho para morir así, siendo aplastados debajo de una torre cuando iban en peregrinación a Jerusalén. ¿Qué les respondió Nuestro Señor? Les dijo: «No creáis que fueran más pecadores que los demás; pero Yo os digo que, si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente» (Lc. 13 4-5).

Las calamidades deben hacernos pensar que, si no hacemos penitencia, todos pereceremos. Dios es bueno, y no quiere la muerte del pecador, pero sí quiere que se convierta y viva.

6º Las calamidades son consecuencia de los pecados.

Las calamidades públicas son a menudo la consecuencia de los pecados de las autoridades públicas. Hoy tenemos verdaderos motivos de inquietud, porque todas las malas leyes que van en aumento, todas las violaciones de la ley natural, la apostasía que vemos hoy –aun en la Iglesia–, no pueden dejar indiferente a Dios. En el Antiguo Testamento había incluso judíos que se quejaban a Dios cuando no los castigaba, porque decían: «¿Acaso ya no nos quieres?... Ya no nos amas...» Preferían el castigo de Dios al silencio de Dios, y tenían razón, porque el silencio de Dios es lo peor de todo.

Queridos hermanos, durante todos estos días se nos muestran por televisión las curvas de enfermos o de muertos, y es realmente impresionante; pero no olvidemos que, en

un país que no está tan lejos de nosotros, en Bélgica, se practicó recientemente la eutanasia a tres mil personas en un solo año, según las cifras oficiales, y entre ellas había niños. Y no hablo ya del número de abortos que se practican hoy. Todo esto son pecados que claman al cielo. Queridos hermanos, hemos de pensar en esto, y hemos de hacer penitencia: Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

7º Modo tradicional de considerar las calamidades.

Entre ustedes tal vez haya personas que han venido aquí por vez primera, personas a las que se ha negado la comunión en las iglesias porque la reclamaban según el modo tradicional, en la boca, y han venido aquí porque quieren comulgar.

Ahí es donde se comprueba la debilidad –por no decir más– de los responsables de la Iglesia –aunque no de todos, afortunadamente–. No hay mayor riesgo de propagar el virus comulgando en la boca que comulgando en la mano. Un obispo de Estados Unidos lo recordó en una carta a sus fieles, diciendo: «Consulté a un comité de expertos y de médicos antes de redactar esta carta, y me dijeron que no hay mayor peligro de propagación de este modo».

La comunión no puede ser fuente de muerte, porque es la fuente de la vida. Los fieles tienen derecho –como la Santa Sede lo volvió a recordar hace algunos años– a recibir la comunión en la boca, y a no verse privados de sacramentos cuando se ven inmersos en la calamidad. Por eso les digo: aquí están en su casa, porque aquí siempre encontrarán la forma habitual y tradicional de la Iglesia de encarar las epidemias.

Tengamos también confianza en la Medalla Milagrosa: llévenla y háganla llevar, ya que es un baluarte contra todas las tentaciones del diablo. Enseguida después de esta misa, los que quieran podrán acercarse al banco de comunión para recibir la bendición con las reliquias que tenemos, entre otras las reliquias de San Pío X, San Pío V, el Santo Cura de Ars, San Juan Eudes y Santo Tomás de Aquino. No son amuletos, sino un medio para recibir la protección de estos Santos, para vivir cristianamente, para soportar la enfermedad o verse preservados de ella si tal es la voluntad de Dios.

Conclusión: hacerse como niños.

Digamos, finalmente, que esta epidemia, tal como se da hoy, tiene una particularidad, y es que parece que no afecta –o al menos no en serio– a los niños. Tal vez sea ello una señal de Dios, puesto que ya en el Evangelio Jesucristo nos dice: «*Si no volvéis a haceros como niños, no entraréis en el reino de los cielos*» (Mt. 18 3). No entrar al reino de los cielos es condenarse para siempre, y ese es el peor peligro, esa es la peor calamidad.

PADRE DENIS PUGA

Sacerdote de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X

© Seminario Internacional Nuestra Señora Corredentora
C. C. 308 – 1744 Moreno, Pcia. de Buenos Aires

FOTOCÓPIAME – DIFÜNDEME – PÍDEME a: hojitasdefe@gmail.com